

Por esa calle escurrios
Dando vuelta á la redonda
A la casa.

Ciut. Y en tal caso
Cerrará ella.

Juan. Pues con eso
Ella ignorante y el preso
Nos dejarán franco el paso.

Ciut. Decís bien.

Juan. Corre, y atájale,
Que en ello el vencer consiste.

Ciut. ¿Mas si el truan se resiste?

Juan. Entonces de un tajo, rájale.

ESCENA VI.

DON JUAN, DOÑA ANA, DON LUIS.

Luis. ¿Me das pues tu asentimiento?

Ana. Consiento.

Luis. ¿Complácesme de ese modo?

Ana. En todo.

Luis. Pues te velaré hasta el día.

Ana. Sí, Mejía.

Luis. Páguete el cielo, Ana mia,
Satisfacción tan entera.

Ana. Porque me juzgues sincera,
Consiento en todo, Mejía.

Luis. Volveré pues otra vez.

Ana. Sí, á las diez.

Luis. ¿Me aguardarás, Ana?

Ana. Sí.

Luis. Aquí.

Ana. ¿Y tú estarás puntual, eh?

Luis. Estaré.

Ana. La llave pues te daré.

Luis. Y dentro yo de tu casa,
Venga Tenorio.

Ana. Alguien pasa;

A las diez.

Luis. Aquí estaré.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS.

Luis. Mas se acercan. ¿Quién va allá?

Juan. Quien va.

Luis. De quien va así ¿qué se infiere?

Juan. Que quiere.

Luis. ¿Ver si la lengua le arranco?

Juan. El paso franco.

Luis. Guardado está.

Juan. ¿Y soy yo manco?

Luis. Pidiéraislo en cortesía.

Juan. ¿Y á quién?

Luis. A Don Luis Mejía.

Juan. Quien va, quiere el paso franco.

Luis. ¿Conocéisme?

Juan. Sí.

Luis. ¿Y yo á vos?

Juan. Los dos.

Luis. ¿Y en qué estriba el estorballe?

Juan. En la calle.

Luis. ¿De ella los dos por ser amos?

Juan. Estamos.

Luis. Dos hay no mas que podamos

Necesitarle á la vez.

Juan. Lo sé.

Luis. ¿Soís Don Juan!

Juan. ¡Pardiez!

Los dos ya en la calle estamos.

Luis. ¿No os prendieron?

Juan. Como á vos.

Luis. ¿Vive Dios!

¿Y huísteis?

Juan. Os imité:

¿Y qué?

Luis. Que perderéis.

Juan. No sabemos.

Luis. Lo veremos.

Juan. La dama entrambos tenemos

Sitiada y estais cogido.

Luis. Tiempo hay.

Juan. Para vos perdido.

Luis. ¡Vive Dios que lo veremos!

(Don Luis desenvaina su espada; mas Ciutti, que ha bajado con los suyos cautelosamente hasta colocarse tras él, le sujeta.)

Juan. Señor Don Luis, vedlo pues.

Luis. Traicion es.

Juan. La boca...

(A los suyos, que se le tapan á Don Luis.)

Luis. ¡Oh!

Juan. *(Le sujetan los brazos.)* Sujeto
atrás:

Mas.

La empresa es, señor Mejía,
Como mia.

Encerrádmele hasta el día. *(A los suyos.)*

La apuesta está ya en mi mano.

(A Don Luis.)

A Dios, Don Luis: si os la gano

Traicion es; mas como mia.

ESCENA VIII.

DON JUAN.

Buen lance ¡viven los cielos!

Estos son los que dan fama:

Mientras le soplo la dama

Él se arrancará los pelos

Encerrado en mi bodega.

¿Y ella...? Cuando crea hallarse

Con él... ¡já! ¡já...! ¡Oh! y quejarse

No puede; limpio se juega.

A la cárcel le llevé

Y salió: llevóme á mi

Y sali: hallarnos aquí

Era fuerza... ya se ve,

Su parte en la grave apuesta

Defendia cada cual.

Mas con la suerte está mal

Mejía, y tambien pierde esta.

Sin embargo, y por si acaso,

No es demas asegurarse

De Lucía, á desgraciarse

No vaya por poco el paso.

Mas por allí un bulto negro

Se aproxima... y á mi ver

Es el bulto una muger.

¿Otra aventura? Me alegro.

ESCENA IX.

DON JUAN, BRIGIDA.

Brig. ¿Caballero?

Juan. ¿Quién va allá?

Brig. ¿Soís Don Juan?

Juan. ¡Por vida de...!

¡Si es la beata! ¡y á fé

Que la habia olvidado ya!

Llegaos; Don Juan soy yo.

Brig. ¿Estais solo?

Juan. Con el diablo.

Brig. ¡Jesucristo!

Juan. Por vos lo hablo.

Brig. ¿Soy yo el diablo?

Juan. Creoló.

Brig. ¡Vaya! ¡Qué cosas teneis!

Vos si que sois un diablillo...

Juan. Que te llenará el bolsillo

Si le sirves.

Brig. Lo vereis.

Juan. Descarga pues ese pecho.

¿Qué hiciste?

Brig. ¡Cuánto me ha dicho

Vuestro page...! ¡y qué mal bicho

Es ese Ciutti!

Juan. ¿Qué ha hecho?

Brig. ¡Gran bribon!

Juan. ¿No os ha entregado

Un bolsillo y un papel?

Brig. Leyendo estará ahora en el

Doña Inés.

Juan. ¿La has preparado?

Brig. Vaya; y os la he convencido

Con tal maña y de manera,

Que irá como una cordera

Tras vos.

Juan. ¡Tan fácil te ha sido!

Brig. ¡Bah! pobre garza enjaulada

Dentro la jaula nacida,

¿Qué sabe ella si hay mas vida

Ni mas aire en que volar?

Si no vió nunca sus plumas

Del sol á los resplandores,

¿Qué sabe de los colores

De que se puede ufanar?

No cuenta la pobrecilla

Diez y siete primaveras,

Y aun virgen á las primeras

Impresiones del amor,

Nunca concibió la dicha

Fuera de su pobre estancia,

Tratada desde su infancia

Con cauteloso rigor.

Y tantos años monótonos

De soledad y convento

Tenian su pensamiento

Ceñido á punto tan ruin,

A tan reducido espacio,

Y á círculo tan mezquino,

Que era el claustro su destino

Y el altar era su fin.

« Aquí está Dios, » la dijeron;

Y ella dijo: « Aquí le adoro. »

« Aquí está el claustro y el coro. »

Y pensó: « No hay mas allá. »

Y sin otras ilusiones

Que sus sueños infantiles,

Pasó diez y siete abriles

Sin conocerlo quizá.

Juan. ¿Y está hermosa?

Brig. ¡Oh! como un ángel.

Juan. ¿Y la has dicho...?

Brig. Figuraos

Si habré metido mal caos

En su cabeza, Don Juan.

La hablé del amor, del mundo,

De la corte y los placeres,

De cuanto con las mugeres

Érais pródigo y galan.

La dije que érais el hombre

Por su padre destinado

Para suyo: os he pintado

Muerto por ella de amor,

Desesperado por ella,

Y por ella perseguido

Y por ella decidido

A perder vida y honor.

En fin, mis dulces palabras,

Al posarse en sus oídos,

Sus deseos mal dormidos

Arrastraron de sí en pos;

Y allá dentro de su pecho

Han inflamado una llama

De fuerza tal, que ya os ama

Y no piensa mas que en vos.

Juan. Tan incentiva pintura
Los sentidos me enajena,
Y el alma ardiente me llena
De su insensata pasión.
Empezó por una apuesta,
Siguió por un devaneo,
Engendró luego un deseo,
Y hoy me quema el corazón.
Poco es el centro de un claustro;
¡Al mismo infierno hajara,
Y á estocadas la arrancara
De los brazos de Satan!
¡Oh! hermosa flor, cuyo caliz
Al rocío aun no se ha abierto,
A trasplantarte va al huerto
De sus amores Don Juan.

¿Brígida?

Bríg. Os estoy oyendo
Y me haceis perder el tino:
Yo os creía un libertino
Sin alma y sin corazón.

Juan. ¿Eso estrañas? ¿No está claro
Que en un objeto tan noble
Hay que interesarse doble
Que en otros?

Bríg. Teneis razón.

Juan. ¿Con que á qué hora se recogen
Las madres?

Bríg. Ya recogidas
Estarán. ¿Vos prevenidas
Todas las cosas teneis?

Juan. Todas.

Bríg. Pues luego que doblen
A las ánimas, con tiento
Saltando al huerto, al convento
Fácilmente entrar podeis
Con la llave que os he enviado:
De un claustro oscuro y estrecho
Es, seguidle bien derecho,
Y dareis con poco afán
En nuestra celda.

Juan. Y si acierto
A robar tan gran tesoro,
Te he de hacer pesar en oro.

Bríg. Por mí no queda, Don Juan.

Juan. Vé y aguardame.

Bríg. Voy pues

A entrar por la portería,
Y á cegar á Sor María
La tornera. Hasta despues.

(Vase Brígida, y un poco antes de concluir esta escena sale Ciutti, que se pára en el fondo esperando.)

ESCENA X.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan. Pues, señor, ¡soberbio embite!
Muchas hice hasta esta hora,
Mas ¡por Dios que la de ahora
Será tal que me acredite!
Mas ya veo que me espera
Ciutti. ¿Lebrel? (Llamándole.)

Ciut. Aquí estoy.

Juan. ¿Y Don Luis?

Ciut. Libre por hoy

Estais de él.

Juan. Ahora quisiera

Ver á Lucía.

Ciut. Llegar

Podeis aquí: (A la reja derecha.) yo la
llamo,

Y al salir á mi reclamo

La podeis vos abordar.

Juan. Llama pues.

Ciut. La seña mia

Sabe bien para que dude

En acudir.

Juan. Pues si acude,

Lo demas es cuenta mia.

(Ciutti llama á la reja con una seña que parezca convenida. Lucía se asoma á ella, y al ver á Don Juan se detiene un momento.)

ESCENA XI.

DON JUAN, LUCIA, CIUTTI.

Lucía. ¿Qué quereis, buen caballero?

Juan. Quiero.

Lucía. ¿Qué quereis? Vamos á ver.

Juan. Ver.

Lucía. ¿Ver? ¿Qué vereis á esta hora?

Juan. A tu señora.

Lucía. Idos, hidalgo, en mal hora;

¿Quién pensais que vive aquí?

Juan. Doña Ana Pantoja, y

Quiero ver á tu señora.

Lucía. ¿Sabeis que casa Doña Ana?

Juan. Sí, mañana.

Lucía. ¿Y ha de ser tan infiel ya?

Juan. Sí será.

Lucía. ¿Pues no es de Don Luis Mejía?

Juan. ¡Cá! otro día.

Hoy no es mañana, Lucía:

Yo he de estar hoy con Doña Ana,

Y si se casa mañana,

Mañana será otro día.

Lucía. ¡Ah! ¿en recibiros está?

Juan. Podrá.

Lucía. ¿Qué haré si os he de servir?

ACTO TERCERO.

PROFANACION.

Celda de Doña Inés. Puerta en el fondo y á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, LA ABADESA.

Abad. ¿Con que me habeis entendido?

Inés. Sí, señora.

Abad. Está muy bien;

La voluntad decisiva
De vuestro padre tal es.
Sois jóven, cándida, y buena;
Vivido en el claustro habeis
Casi desde que nacisteis;
Y para quedar en él
Atada con santos votos
Para siempre, ni aun teneis
Como otras pruebas difíciles
Ni penitencias que hacer.
¡Dichosa mil veces vos!
Dichosa, sí, Doña Inés,
Que no conociendo el mundo
No le debeis de temer.
¡Dichosa vos, que del claustro
Al pisar en el dintel
No os volvereis á mirar
Lo que tras vos dejareis!
Y los mundanos recuerdos
Del bullicio y del placer
No os turbarán tentadores
Del ara santa á los pies;
Pues ignorando lo que hay
Tras esa santa pared,
Lo que tras ella se queda
Jamás apetecereis.
Mansa paloma enseñada
En las palmas á comer
Del dueño que la ha criado
En doméstico vergel,
No habiendo salido nunca
De la protectora red,
No ansiareis nunca las alas
Por el espacio tender.
Lirio gentil, cuyo tallo
Mecieron solo tal vez
Las embalsamadas brisas
Del mas florecido mes,
Aquí á los besos del aura
Vuestro caliz abrireis,
Y aquí vendrán vuestras hojas
Tranquilamente á caer.
Y en el pedazo de tierra
Que abarca nuestra estrechez,
Y en el pedazo de cielo

Juan. Abrir.

Lucía. ¡Bah! ¿Y quién abre este castillo?

Juan. Ese bolsillo.

Lucía. ¿Oro?

Juan. Pronto te dió el brillo.

Lucía. ¿Cuanto!

Juan. De cien doblas pasa.

Lucía. ¡Jesus!

Juan. Cuenta y di: ¿esta casa
Podrá abrir ese bolsillo?

Lucía. ¡Oh! si es quien me dora el pico...

Juan. Muy rico. (Interrumpiéndola.)

Lucía. ¿Sí? ¿qué nombre usa el galán?

Juan. Don Juan.

Lucía. ¿Sin apellido notorio?

Juan. Tenorio.

Lucía. ¡Animas del purgatorio!

¿Vos Don Juan?

Juan. ¿Qué te amedrenta,

Si á tus ojos se presenta

Muy rico Don Juan Tenorio?

Lucía. Rechina la cerradura.

Juan. Se asegura.

Lucía. ¿Y á mí quién? ¡Por Belcebú!

Juan. Tú.

Lucía. ¿Y qué me abrirá el camino?

Juan. Buen tino.

Lucía. ¡Bah! ir en brazos del destino...

Juan. Dobla el oro.

Lucía. Me acomodo.

Juan. Pues mira como de todo

Se asegura tu buen tino.

Lucía. Dadme algun tiempo, ¡pardiez!

Juan. A las diez.

Lucía. ¿Dónde os busco, ó vos á mí?

Juan. Aquí.

Lucía. ¿Con que estaréis puntual, eh?

Juan. Estaré.

Lucía. Pues yo una llave os traeré.

Juan. Y yo otra igual cantidad.

Lucía. No me falteis.

Juan. No en verdad;

A las diez aquí estaré.

A Dios pues, y en mí te fia.

Lucía. Y en mí el garboso galán.

Juan. A Dios pues, franca Lucía.

Lucía. A Dios pues, rico Don Juan.

(Lucía cierra la ventana. Ciutti se acerca á Don Juan á una seña de este.)

ESCENA XII.

DON JUAN, CIUTTI.

Juan, riéndose. Con oro nada hay que

Ciutti, ya sabes mi intento; [falle:

A las nueve en el convento,

A las diez en esta calle.

(Vanse.)

Que por las rejas se ve,
 Vos no vereis mas que un lecho
 Dó en dulce sueño yacer,
 Y un velo azul suspendido
 A las puertas del Eden.
 ¡Ay! en verdad que os envidio,
 Venturosa Doña Inés,
 Con vuestra inocente vida
 La virtud del no saber.
 ¿Mas porqué estais cabizbaja?
 ¿Porqué no me respondeis
 Como otras veces alegre
 Cuando en lo mismo os hablé?
 ¿Suspirais?... ¡Oh! ya comprendo:
 De vuelta aquí hasta no ver
 A vuestra aya estais inquieta,
 Pero nada receleis.
 A casa de vuestro padre
 Fué casi al anochecer,
 Y abajo en la portería
 Estará: yo os la enviaré,
 Que estoy de vela esta noche.
 Con que, vamos, Doña Inés,
 Recogeos, que ya es hora:
 Mal ejemplo no me deis
 A las novicias, que há tiempo
 Que duermen ya: hasta despues.
Inés. Id con Dios, madre abadesa.
Abad. A Dios, hija.

ESCENA II.

DOÑA INÉS.

Ya se fué,
 No sé qué tengo, ¡ay de mí!
 Que en tumultuoso tropel
 Mil encontradas ideas
 Me combaten á la vez.
 Otras noches complacida
 Sus palabras escuché;
 Y de esos cuadros tranquilos
 Que sabe pintar tan bien,
 De esos placeres domésticos
 La dichosa sencillez
 Y la calma venturosa,
 Me hicieron apetecer
 La soledad de los claustros
 Y su santa rigidez.
 Mas hoy la oí distraida,
 Y en sus pláticas hallé,
 Sino enojosos discursos,
 A lo menos aridez.
 Y no sé porqué al decirme
 Que podría acontecer
 Que se acelerase el dia
 De mi profesion, temblé;
 Y sentí del corazon

Acelerarse el vaiven,
 Y teñirse el semblante
 De amarilla palidez.
 ¡Ay de mí...! ¡pero mi dueña
 Dónde estará...! Esa muger
 Con sus pláticas al cabo
 Me entretiene alguna vez.
 Y hoy la echo menos... acaso
 Porque la voy á perder,
 Que en profesando es preciso
 Renunciar á cuanto amé.
 Mas pasos siento en el claustro;
 ¡Oh! reconozco muy bien
 Sus pisadas... Ya está aquí.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, BRIGIDA.

Brig. Buenas noches, Doña Irés.
Inés. ¿Cómo habeis tardado tanto?
Brig. Voy á cerrar esta puerta.
Inés. Hay orden de que esté abierta.
Brig. Eso es muy bueno y muy santo
 Para las otras novicias
 Que han de consagrarse á Dios,
 No, Doña Inés, para vos.
Inés. Brigida, ¿no ves que vicias
 Las reglas del monasterio
 Que no permiten...?
Brig. ¡Bah! ¡bah!
 Mas seguro así se está,
 Y así se habla sin misterio
 Ni estorbos: ¿habeis mirado
 El libro que os he traído?
Inés. ¡Ay! se me habia olvidado.
Brig. ¿Pues me hace gracia el olvido!
Inés. ¿Como la madre abadesa
 Se entró aquí inmediatamente!
Brig. ¡Vieja mas impertinente!
Inés. ¿Pues tanto el libro interesa?
Brig. ¡Vaya si interesa! mucho.
 ¡Pues quedó con poco afán
 El infeliz!
Inés. ¿Quién?
Brig. Don Juan.
Inés. ¿Válgame el cielo! ¡qué escucho
 ¡Es Don Juan quien me le envía?
Brig. Por supuesto.
Inés. ¡Oh! yo no debo
 Tomarle.
Brig. ¡Pobre mancebo!
 Desairarle así, sería
 Matarle.
Inés. ¿Qué estás diciendo?
Brig. Si ese horario no tomáis,
 Tal pesadumbre le dais
 Que va á enfermar; lo estoy viendo.

Inés. ¡Ah! no, no: de esa manera
 Le tomaré.
Brig. Bien hareis.
Inés. ¡Y qué bonito es!
Brig. Ya veis;
 Quien quiere agradar se esmera.
Inés. Con sus manecillas de oro.
 ¡Y cuidado que está prieto!
 A ver, á ver si completo
 Contiene el rezo del coro.
*Le abre, y cae una carta de entre sus
 hojas.)*
 Mas ¿qué cayó?
Brig. Un papelito.
Inés. ¡Una carta!
Brig. Claro está;
 En esa carta os vendrá
 Ofreciendo el regalito.
Inés. ¡Qué! ¿Será suyo el papel?
Brig. ¡Vaya, que sois inocente!
 Pues que os feria, es consiguiente
 Que la carta será de él.
Inés. ¡Ay Jesus!
Brig. ¿Qué es lo que os da?
Inés. Nada, Brigida, no es nada.
Brig. No, no; si estais inmutada.
 (Ya presa en la red está.)
 ¿Se os pasa?
Inés. Sí.
Brig. Eso habrá sido
 Cualquier marellito vano.
Inés. ¡Ay! se me abrasa la mano
 Con que el papel he cogido.
Brig. Doña Inés, ¡válgame Dios!
 Jamás os he visto así:
 Estais trémula.
Inés. ¡Ay de mí!
Brig. ¿Qué es lo que pasa por vos?
Inés. No sé... El campo de mi mente
 Siento que cruzan perdidas
 Mil sombras desconocidas
 Que me inquietan vagamente;
 Y há tiempo al alma me dan
 Con su agitacion tortura.
Brig. ¿Tiene alguna por ventura
 El semblante de Don Juan?
Inés. No sé: desde que le vi,
 Brigida mia, y su nombre
 Me dijiste, tengo á ese hombre
 Siempre delante de mí.
 Por dó quiera me distraigo
 Con su agradable recuerdo,
 Y si un instante le pierdo,
 En su recuerdo recaigo.
 No sé qué fascinacion
 En mis sentidos ejerce,
 Que siempre hácia él se me tuerce
 La mente y el corazon:

Y aquí y en el oratorio,
 Y en todas partes advierto
 Que el pensamiento divierto
 Con la imágen de Tenorio.
Brig. ¡Válgame Dios! Doña Inés,
 Segun lo vais explicando,
 Tentaciones me van dando
 De creer que eso amor es.
Inés. ¡Amor has dicho!
Brig. Sí, amor.
Inés. No, de ninguna manera.
Brig. Pues por amor lo entendiera
 El menos entendedor;
 Mas vamos la carta á ver:
 ¿En qué os parais? ¿un suspiro?
Inés. ¡Ay! que cuanto mas la miro
 Menos me atrevo á leer.
 (Lee.) « Doña Inés del alma mia. »
 ¡Virgen Santa, qué principio!
Brig. Vendrá en verso, y será un ríplio
 Que traerá la poesía.
 Vamos, seguid adelante.
Inés. (Lee.) « Luz de donde el sol la toma,
 « Hermosísima paloma
 « Privada de libertad,
 « Si os dignais por estas letras
 « Pasar vuestros lindos ojos,
 « No los torneis con enojos
 « Sin concluir, acabad. »
Brig. ¡Qué humildad! ¡y qué finura!
 ¿Dónde hay mayor rendimiento?
Inés. Brigida, no sé qué siento.
Brig. Seguid, seguid la lectura.
Inés. (Lee.) « Nuestros padres de consumo
 « Nuestras bodas acordaron,
 « Porque los cielos juntaron
 « Los destinos de los dos.
 « Y halagado desde entonces
 « Con tan risueña esperanza,
 « Mi alma, Doña Inés, no alcanza
 « Otro porvenir que vos.
 « De amor con ella en mi pecho
 « Brotó una chispa ligera,
 « Que han convertido en hoguera
 « Tiempo y aflicion tenaz:
 « Y esta llama que en mí mismo
 « Se alimenta inestinguible,
 « Cada dia mas terrible
 « Va creciendo y mas voraz. »
Brig. Es claro; esperar le hicieron
 En vuestro amor algun dia,
 Y hondas raices tenia
 Cuando á arrancársele fueron.
 Seguid.
Inés. (Lee.) « En vano á apagarla
 « Concurren tiempo y ausencia,
 « Que doblando su violencia
 « No hoguera ya, volcan es.

« Y yo que en medio del cráter
« Desamparado batallo,
« Suspendido en él me hallo
« Entre mi tumba y mi Inés. »
Brig. ¿Lo veis, Inés? Si ese horario
Le desprecias, al instante
Le preparan el sudario.
Inés. Yo desfallezco.
Brig. Adelante.
Inés. (Lee.) « Inés, alma de mi alma,
« Perpetuo iman de mi vida,
« Perla sin concha escondida
« Entre las algas del mar;
« Garza que nunca del nido
« Tender osastes el vuelo
« El diáfano azul del cielo
« Para aprender á cruzar;
« Si es que á través de esos muros
« El mundo apenada miras
« Y por el mundo suspiras
« De libertad con afán,
« Acuérdate que al pié mismo
« De esos muros que te guardan
« Para salvarte te aguardan
« Los brazos de tu Don Juan. »
(Representa.) ¿Qué es lo que me pasa,
¡cielo!
Que me estoy viendo morir?
Brig. (Ya tragó todo el anzuelo.)
Vamos, que está al concluir.
Inés. (Lee.) « Acuérdate de quien llora
« Al pié de tu celosía,
« Y allí le sorprende el día
« Y le halla la noche allí;
« Acuérdate de quien vive
« Solo por tí, ¡vida mía!
« Y que á tus piés volaría
« Si le llamaras á tí. »
Brig. ¿Lo veis? vendría.
Inés. ¡Vendría!
Brig. A postrarse á vuestros piés.
Inés. ¿Puede?
Brig. ¡Oh! sí.
Inés. ¡Virgen María!
Brig. Pero acabad, Doña Inés.
Inés. (Lee.) « A Dios, ¡oh luz de mis ojos!
« A Dios, Inés de mi alma :
« Medita por Dios en calma
« Las palabras que aquí van :
« Y si odias esa clausura,
« Que ser tu sepulcro debe,
« Manda, que á todo se atreve
« Por tu hermosura Don Juan. »
(Representa Doña Inés.)
¡Ay! ¿qué filtro envenenado
Me dan en este papel,
Que el corazón desgarrado
Me estoy sintiendo con él?

¿Qué sentimientos dormidos
Son los que revela en mí?
¿Qué impulsos jamás sentidos?
¿Qué luz, que hasta hoy nunca vi?
¿Qué es lo que engendra en mi alma
Tan nuevo y profundo afán?
¿Quién roba la dulce calma
De mi corazón?
Brig. Don Juan.
Inés. ¡Don Juan dices...! ¿con que ese
hombre
Me ha de seguir por dó quier?
¿Solo he de escuchar su nombre?
¿Solo su sombra he de ver?
¡Ah! bien dice : juntó el cielo
Los destinos de los dos,
Y en mi alma engendró este anhelo
Fatal.
Brig. ¡Silencio por Dios!
(Se oyen dar las ánimas.)
Inés. ¿Qué?
Brig. ¡Silencio!
Inés. Me estremezco.
Brig. ¿Oís, Doña Inés, tocar?
Inés. Sí, lo mismo que otras veces
Las ánimas oigo dar.
Brig. Pues no habéis de él.
Inés. ¡Cielo santo!
¿De quién?
Brig. ¿De quién ha de ser?
De ese Don Juan que amais tanto,
Porque puede aparecer.
Inés. ¡Me amedrentas! ¿puede ese hombre
Llegar hasta aquí?
Brig. Quizá.
Porque el eco de su nombre
Tal vez llega adonde está.
Inés. ¡Cielos! ¿y podrá?...
Brig. ¿Quién sabe?
Inés. ¿Es un espíritu, pues?
Brig. No, mas si tiene una llave...
Inés. ¡Dios!
Brig. Silencio, Doña Inés :
¿No oís pasos?
Inés. ¡Ay! ahora
Nada oigo.
Brig. Las nueve dan.
Suben... se acercan... Señora...
Ya está aquí.
Inés. ¿Quién?
Brig. Él.
Inés. ¡Don Juan!

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, DON JUAN, BRIGIDA.

Inés. ¿Qué es esto? sueño... deliro.
Juan. ¡Inés de mi corazón!

Inés. ¿Es realidad lo que miro,
O es una fascinación...?
Tenedme... apenas respiro...
Sombra... huye por compasión.
¡Ay de mí...!
(Desmáyase Doña Inés y Don Juan la sostiene. La carta de Don Juan queda en el suelo abandonada por Doña Inés al desmayarse.)
Brig. La ha fascinado
Vuestra repentina entrada,
Y el pavor la ha trastornado.
Juan. Mejor : así nos ha ahorrado
La mitad de la jornada.
¡Ea! no desperdiciemos
El tiempo aquí en contemplarla
Si perdernos no queremos.
En los brazos á tomarla
Voy, y cuanto antes, ganemos
Ese claustro solitario.
Brig. ¡Oh, vais á sacarla así!
Juan. Necia, ¿piensas que rompí
La clausura temerario
Para dejármela aquí?
Mi gente abajo me espera :
Sígueme.
Brig. ¡Sin alma estoy!
¡Ay! este hombre es una fiera.
Nada le ataja ni altera...
Sí, sí; á su sombra me voy.

ESCENA V.

LA ABADESA.

Jurar que habia oído
Por estos claustros andar :
Hoy á Doña Inés velar
Algo mas la he permitido,
Y me temo... Mas no están
Aquí. ¿Qué pudo ocurrir
A las dos para salir
De la celda? ¿dónde irán?
¡Hola! yo las ataré
Corto para que no vuelvan
A enredar y me revuelvan
A las novicias... si á fé.
Mas siento por allá fuera
Pasos. ¿Quién es?

ESCENA VI.

LA ABADESA, LA TORNERA.

Torn. Yo, señora.
Abad. ¡Vos en el claustro á esta hora!
¿Qué es esto, hermana tornera?
Torn. Madre abadesa, os buscaba.

Abad. ¿Qué hay? decid.
Torn. Un noble anciano
Quiere hablaros.
Abad. Es en vano.
Torn. Dice que es de Calatrava
Caballero; que sus fueros
Le autorizan á este paso,
Y que la urgencia del caso
Le obliga al instante á veros.
Abad. ¿Dijo su nombre?
Torn. El señor
Don Gonzalo Ulloa.
Abad. ¿Qué
Puede querer...? Abalé,
Hermana : es comendador
De la órden, y derecho
Tiene en el claustro de entrada.

ESCENA VII.

LA ABADESA.

¿A una hora tan avanzada
Venir así...? no sospecho
Qué pueda ser... mas me place,
Pues no hallando á su hija aquí
La reprenderá, y así
Mirará otra vez lo que hace.

ESCENA VIII.

LA ABADESA, DON GONZALO,
LA TORNERA, A LA PUERTA.

Gonz. Perdonad, madre abadesa,
Que en hora tal os moleste ;
Mas para mí, asunto es este
Que honra y vida me interesa.
Abad. ¡Jesus!
Gonz. Oid.
Abad. Hablad pues.
Gonz. Yo guardé hasta hoy un tesoro
De mas quilates que el oro,
Y ese tesoro es mi Inés.
Abad. A propósito.
Gonz. Escuchad.
Se me acaba de decir
Que han visto á su dueña ir
Há poco por la ciudad
Hablando con el criado
De un Don Juan, de tal renombre
Que no hay en la tierra otro hombre
Tan audaz ni tan malvado.
En tiempo atrás se pensó
Con él á mi hija casar,
Y hoy que se la fui á negar
Robármela me juró.
Que por el torpe doncel

Ganada la dueña está
No puedo dudarlo ya :
Debo pues guardarme de él.
Y un día, un hora quizás
De imprevision le bastara
Para que mi honor manchara
A ese hijo de Satanás.
Hé aquí mi inquietud cuál es :
Por la dueña en conclusion
Vengo : vos la profesion
Abreviad de Doña Inés.
Abad. Sois padre, y es vuestro afan
Muy justo, comendador ;
Mas ved que ofende á mi honor.
Gonz. No sabeis quién es Don Juan.
Abad. Aunque le pintais tan malo
Yo os puedo decir de mi
Que mientras Inés esté aquí
Segura está, Don Gonzalo.
Gonz. Lo creo ; mas las razones
Abreviemos : entregadme
A esa dueña y perdonadme
Mis mundanas opiniones.
Si vos de vuestra virtud
Me respondeis, yo me fundo
En que conozco del mundo
La insensata juventud.
Abad. Se hará como lo exígis.
Hermana tornera, id pues
A buscar á Doña Inés
Y á su dueña. (Vase la tornera.)
Gonz. ¿Qué decís,
Señora? ó traicion me ha hecho
Mi memoria, ó yo sé bien
Que esta es hora de que estén
Ambas á dos en su lecho.
Abad. Há un punto senti á las dos
Salir de aquí, no sé á qué.
Gonz. ¡Ay! porqué tiemblo no sé.
¡Mas qué veo, santo Dios!
Un papel... me lo decia
A voces mi mismo afan.
(Leyendo) « Doña Inés del alma mia... »
Y la firma de Don Juan.
Ved... ved... esa prueba escrita.
Leed ahí... ¡Oh! mientras que vos
Por ella rogais á Dios,
Viene el diablo y os la quita.

ESCENA IX.

LA ABADESA, DON GONZALO,
LA TORNERA.

Torn. Señora...

Abad. ¿Qué es?

Torn.

Gonz. Concluid.

Vengo muerta.

Torn.

No acierto á hablar...

He visto á un hombre saltar

Por las tapias de la huerta.

Gonz. ¿Veis? corramos : ¡ay de mí!

Abad. ¿Dónde vais, comendador?

Gonz. ¡Imbécil! tras de mi honor,

Que os roban á vos de aquí.

ACTO CUARTO.

EL DIABLO A LAS PUERTAS DEL
CIELO.

Quinta de Don Juan Tenorio cerca de Sevilla y
sobre el Guadalquivir. Balcon en el fondo. Dos
puertas á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA, CIUTTI.

Brig. ¡Qué noche, válgame Dios!

A poderlo calcular

No me meto yo á servir

A tan fogoso galan.

¡Ay, Ciutti! molida estoy;

No me puedo menear.

Ciut. ¿Pues qué os duele?

Brig. Todo el cuerpo

Y toda el alma ademas.

Ciut. ¡Ya! no estais acostumbrada

Al caballo, es natural.

Brig. Mil veces pensé caer :

¡Uf! ¡qué mareo! ¡qué afan!

Veia yo unos tras otros

Ante mis ojos pasar

Los árboles como en alas

Llevados de un huracan,

Tan apriesa y produciéndome

Ilusion tan infernal

Que perdiera los sentidos

Si tardamos en parar.

Ciut. Pues de estas cosas vereis

Si en esta casa os quedais

Lo menos seis por semana.

Brig. ¡Jesus!

Ciut. ¿Y esa niña está

Reposando todavía?

Brig. ¿Y á qué se ha de despertar?

Ciut. Sí, es mejor que abra los ojos

En los brazos de Don Juan.

Brig. Preciso es que tu amo tenga

Algun diablo familiar.

Ciut. Yo creo que sea él mismo

Un diablo en carne mortal,

Porque á lo que él, solamente

Se arrojara Satanás.

Brig. ¡Oh! ¡el lance ha sido estremado!

Ciut. Pero al fin logrado está.

Brig. ¡Salir así de un convento

En medio de una ciudad

Como Sevilla!

Ciut. Es empresa

Tan solo para hombre tal.

Mas ¡qué diablos! si á su lado

La fortuna siempre va,

Y encadenado á sus piés

Duerme sumiso el azar.

Brig. Sí, decís bien.

Ciut. No he visto hombre

De corazon mas audaz;

Ni halla riesgo que le espante,

Ni encuentra dificultad

Que al empeñarse en vencer

Le haga un punto vacilar.

A todo osando se arroja,

De todo se ve capaz,

Ni mira dónde se mete,

Ni lo pregunta jamás.

Allí hay un lance, le dicen :

Y él dice : « Allá va Don Juan. »

¡Mas ya tarda, vive Dios!

Brig. Las doce en la catedral

Han dado há tiempo.

Ciut. Y de vuelta

Debia á las doce estar.

Brig. ¿Pero porqué no se vino

Con nosotros?

Ciut. Tiene allá

En la ciudad todavia

Cuatro cosas que arreglar.

Brig. ¿Para el viaje?

Ciut. Por supuesto;

Aunque muy fácil será

Que esta noche á los infiernos

Le hagan á él mismo viajar.

Brig. ¡Jesus, qué ideas!

Ciut. Pues digo,

¿Son obras de caridad

En las que nos empleamos

Para mejor esperar?

Aunque seguros estamos

Como vuelva por acá.

Brig. ¿De veras, Ciutti?

Ciut. Venid

A este balcon y mirad

¿Qué veis?

Brig. Veo un bergantín

Que anclado en el rio está.

Ciut. Pues su patron solo aguarda

Las ánderes de Don Juan,

Y sarvos en todo caso

A Italia nos llevará.

Brig. ¿Cierto?

Ciut. Y nada receleis

Por nuestra seguridad;

Que es el barco mar velero

Que boga sobre la mar.

Brig. ¡Chist! ya siento á Doña Inés

Ciut. Pues yo me voy, que Don Juan

Encargó que sola vos

Debáis con ella hablar.

Brig. Y encargó bien, que yo entiendo

De esto.

Ciut. A Dios pues.

Brig. Vete en paz.

ESCENA II.

DOÑA INÉS, BRIGIDA.

Inés. Dios mio, ¡cuánto he soñado!

Loca estoy : ¿qué hora será?

¿Pero qué es esto, ay de mí?

No recuerdo que jamás

Haya visto este aposento.

¿Quién me trajo aqui?

Brig. Don Juan.

Inés. Siempre Don Juan... ¿mas conmigo

Aqui tú tambien estás,

Brigida?

Brig. Sí, Doña Inés.

Inés. Pero dime en caridad,

¿Dónde estamos? ¿Este cuarto.

Es del convento?

Brig. No tal :

Aquello era un cuchitril

En donde no habia mas

Que miseria.

Inés. Pero en fin,

¿En dónde estamos?

Brig. Mirad,

Mirad por este balcon,

Y alcanzareis lo que va

Desde un convento de monjas

A una quinta de Don Juan.

Inés. ¿Es de Don Juan esta quinta?

Brig. Y creo que vuestra ya.

Inés. Pero no comprendo, Brigida,

Lo que hablas.

Brig. Escuchad.

Estábais en el convento

Leyendo con mucho afan

Una carta de Don Juan,

Cuando estalló en un momento

Un incendio formidable.

Inés. ¡Jesus!

Brig. Espantoso, inmenso;

El humo era ya tan denso

Que el aire se hizo palpable.

Inés. Pues no recuerdo...

Brig. Las dos

Con la carta entretenidas,

Olvidamos nuestras vidas,
Yo oyendo, y leyendo vos.
Y estaba en verdad tan tierna,
Que entrambas á su lectura
Achacamos la tortura
Que sentíamos interna.
Apenas ya respirar
Podíamos, y las llamas
Prendían ya en nuestras camas:
Nos íbamos á asfixiar,
Cuando Don Juan, que os adora,
Y que rondaba el convento,
Al ver crecer con el viento
La llama devastadora,
Con inaudito valor,
Viendo que íbais á abrasaros,
Se metió para salvaros
Por donde pudo mejor.
Vos al verle así asaltar
La celda tan de improviso
Os desmayasteis... preciso,
La cosa era de esperar.
Y él cuando os vió caer así
En sus brazos os tomó
Y echó á huir; yo le seguí,
Y del fuego nos sacó.
¿Dónde íbamos á esta hora?
Vos seguiais desmayada,
Yo estaba ya casi ahogada.
Dijo pues: «Hasta la aurora
En mi casa las tendré.»
Y hénos, Doña Inés, aquí.
Inés. ¿Con que esta es su casa?
Bríg. Sí.
Inés. Pues nada recuerdo á fé.
Pero... ¡en su casa...! Oh, al punto
Salgamos de ella... yo tengo
La de mi padre.
Bríg. Convengo
Con vos; pero es el asunto...
Inés. ¿Qué?
Bríg. Que no podemos ir.
Inés. Oír tal me maravilla.
Bríg. Nos aparta de Sevilla...
Inés. ¿Quién?
Bríg. Vedlo, el Guadalquivir.
Inés. ¿No estamos en la ciudad?
Bríg. A una legua nos hallamos
De sus murallas.
Inés. ¡Oh! ¡estamos
Perdidas!
Bríg. ¡No sé en verdad
Porqué!
Inés. Me estás confundiendo,
Brígida... y no sé qué redes
Son las que entre estas paredes
Temo que me estás tendiendo.
Nunca el claustro abandoné

Ni sé del mundo exterior
Los usos: mas tengo honor.
Noble soy, Brígida, y sé
Que la casa de Don Juan
No es buen sitio para mí:
Me lo está diciendo aquí
No sé qué escondido afán.
Ven, huyamos.
Bríg. Doña Inés,
La existencia os ha salvado.
Inés. Sí, pero me ha envenenado
El corazón.
Bríg. ¿Le amais pues?
Inés. No sé... mas por compasion
Huyamos pronto de ese hombre,
Tras de cuyo solo nombre
Se me escapa el corazón.
¡Ah! tú me diste un papel
De mano de ese hombre escrito,
Y algun encanto maldito
Me diste encerrado en él.
Una sola vez le vi
Por entre unas celosías,
Y que estaba me decías
En aquel sitio por mí.
Tú, Brígida, á todas horas
Me venias de él á hablar,
Haciéndome recordar
Sus gracias fascinadoras.
Tú me dijiste que estaba
Para mio destinado
Por mi padre... y me has jurado
En su nombre que me amaba.
¿Que le amo dices?... pues bien,
Si esto es amar, sí, le amo;
Pero yo sé que me infamo
Con esa pasión tambien.
Y si el débil corazón
Se me va tras de Don Juan,
Tirándome de él están
Mi honor y mi obligacion.
Vamos pues, vamos de aquí
Primero que ese hombre venga;
Pues fuerza acaso no tenga
Si le veo junto á mí.
Vamos, Brígida.
Bríg. Esperad.
¿No oís?
Inés. ¿Qué?
Bríg. Ruido de remos.
Inés. Sí, dices bien; volveremos
En un bote á la ciudad.
Bríg. Mirad, mirad, Doña Inés.
Inés. Acaba... por Dios partamos.
Bríg. Ya imposible que salgamos.
Inés. ¿Por qué razon?
Bríg. Porque él es
Quien en ese barquichuelo

Se adelanta por el río.
Inés. ¡Ay! ¡dadme fuerzas, Dios mio!
Bríg. Ya llegó, ya está en el suelo.
Sus gentes nos volverán
A casa: mas antes de irnos
Es preciso despedirnos
A lo menos de Don Juan.
Inés. Sea, y vamos al instante.
No quiero volverle á ver.
Bríg. (Los ojos te hará volver
El encontrarle delante.)
Vamos.
Inés. Vamos.
Ciutti, dentro. Aquí están.
Juan, idem. Alumbra.
Bríg. ¡Nos busca!
Inés. Él es.

ESCENA III.

DICHOS, DON JUAN.

Juan. ¿Adónde vai, Doña Inés?
Inés. Dejadme salir, Don Juan.
Juan. ¿Que os deje salir?
Bríg. Señor,
Sabiendo ya el accidente
Del fuego, estará impaciente
Por su hija el comendador.
Juan. ¡El fuego! ¡Ah! No os dé cuidado
Por Don Gonzalo, que ya
Dormir tranquilo le hará
El mensaje que le he enviado.
Inés. ¿Le habeis dicho...?
Juan. Que os hallábais
Bajo mi amparo segura,
Y el aura del campo pura
Libre por fin respirábais.
¡Cálmate pues, vida mia!
Reposa aquí; y un momento
Olvida de tu convento
La triste cárcel sombría.
¡Ah! ¿No es cierto, ángel del amor,
Que en esta apartada orilla
Mas pura la luna brilla
Y se respira mejor?
Esta aura que vaga llena
De los sencillos olores
De las campesinas flores
Que brota esa orilla amena;
Esa agua limpia y serena
Que atraviesa sin temor
La barca del pescador
Que espera cantando al día,
¿No es cierto, paloma mia,
Que están respirando amor?
Esa armonía que el viento
Recoge entre esos millares

De floridos olivares,
Que agita con manso aliento;
Ese dulcísimo acento
Con que trina el ruiseñor
De sus copas morador
Llamando al cercano día,
¿No es verdad, gacela mia,
Que están respirando amor?
Y estas palabras que están
Filtrando insensiblemente
Tu corazón ya pendiente
De los labios de Don Juan,
Y cuyas ideas van
Inflamando en su interior
Un fuego germinador
No encendido todavía,
¿No es verdad, estrella mia,
Que están respirando amor?
Y esas dos líquidas perlas
Que se desprenden tranquilas
De tus radiantes pupilas
Convidándome á beberlas
Evaporarse á no verlas
De si mismas al calor,
Y ese encendido color
Que en tu semblante no habia,
¿No es verdad, hermosa mia,
Que están respirando amor?
¡Oh! sí, bellísima Inés,
Espejo y luz de mis ojos;
Escucharme sin enojos,
Como lo haces, amor es:
Mira aquí á tus plantas pues
Todo el altivo rigor
De este corazón traidor
Que rendirse no creia,
Adorando, vida mia,
La esclavitud de tu amor.
Inés. Callad por Dios, ¡oh, Don Juan!
Que no podré resistir
Mucho tiempo sin morir
Tan nunca sentido afán.
¡Ah! callad por compasion,
Que oyéndoos me parece
Que mi cerebro enloquece,
Y se arde mi corazón.
¡Ah! me habeis dado á beber
Un filtro infernal sin duda,
Que á rendiros os ayuda
La virtud de la muger.
Tal vez poseeis, Don Juan,
Un misterioso amuleto
Que á vos me atrae en secreto
Como irresistible iman.
Tal vez Satan puso en vos
Su vista fascinadora,
Su palabra seductora,
Y el amor que negó á Dios.

¿Y qué he de hacer ; ay de mí !
Sino caer en vuestros brazos,
Si el corazon en pedazos
Me vais robando de aquí?
No, Don Juan, en poder mio
Resistirte no está ya:
Yo voy á ti como va
Sorbido al mar ese rio.
Tu presencia me enajena,
Tus palabras me alucinan,
Y tus ojos me fascinan,
Y tu aliento me envenena.
¡Don Juan ! ¡Don Juan ! yo lo imploro
De tu hidalga compasion:
O arráncame el corazon,
O ámame, porque te adoro.

Juan. ¡Alma mía ! esa palabra
Cambia de modo mi sér,
Que alcanzo que puede hacer
Hasta que el Eden se me abra.
No es, Doña Inés, Satanás
Quien pone este amor en mí:
Es Dios, que quiere por tí
Ganarme para él quizás.
No, el amor que hoy se atesora
En mi corazon mortal,
No es un amor terrenal
Como el que sentí hasta ahora;
No es esa chispa fugaz
Que cualquier ráfaga apaga;
Es incendio que se traga
Cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha pues tu inquietud,
Bellísima Doña Inés,
Porque me siento á tus piés
Capaz aun de la virtud.
Sí, iré mi orgullo á postrar
Ante el buen comendador,
Y ó habrá de darme tu amor,
O me tendrá que matar.

Inés. ¡Don Juan de mi corazon!

Juan. ¡Silencio ! ¿habeis escuchado?

Inés. ¿Qué?

Juan. Sí, una barca ha atracado
(Mira por el balcon.)

Debajo de ese balcon.

Un hombre embozado de ella
Salta... Brigida, al momento
Pasad á ese otro aposento,
Y perdonad, Inés bella,
Si solo me importa estar.

Inés. ¿Tardarás?

Juan. Poco ha de ser.

Inés. A mi padre hemos de ver.

Juan. Sí, en cuanto empiece á clarear.
A Dios.

ESCENA IV.

DON JUAN, CIUTTI.

Ciut. ¿Señor?

Juan. ¿Qué sucede,
Ciutti?

Ciut. Ahí está un embozado
En veros muy empeñado.

Juan. ¿Quién es?

Ciut. Dice que no puede
Descubrirse mas que á vos,

Y que es cosa de tal priesa

Que en ella se os interesa

La vida á entrambos á dos.

Juan. ¿Y en él no has reconocido

Marca ni señal alguna

Que nos oriente?

Ciut. Ninguna;

Mas á veros decidido

Viene.

Juan. ¿Trae gente?

Ciut. No mas

Que los remeros del bote.

Juan. Que entre.

ESCENA V.

DON JUAN; LUEGO CIUTTI Y DON LUIS,
EMBOZADO.

Juan. ¡Jugamos á escote

La vida...! mas ¿si es quizás

Un traidor que hasta mi quinta

Me viene siguiendo el paso?

Hálleme pues por si acaso

Con las armas en la cinta.

(Se ciñe la espada y suspende al cinto un
par de pistolas que habrá colocado sobre
la mesa á su salida en la escena tercera.)

Al momento sale Ciutti conduciendo á
Don Luis, que embozado hasta los ojos
espera á que se queden solos. Don Juan
hace á Ciutti una seña para que se re-
tire. Lo hace.)

ESCENA VI.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. (Buen talante.) Bien venido,
Caballero.

Luis. Bien hallado,

Señor mio.

Juan. Sin cuidado

Hablad.

Luis. Jamás lo he tenido.

Juan. Decid pues: ¿á qué venís

A esta hora y con tal afan?

Luis. Vengo á mataros, Don Juan.

Juan. Segun eso sois Don Luis.

Luis. No os engañó el corazon,
Y el tiempo no malgastemos,
Don Juan: los dos no cabemos
Ya en la tierra.

Juan. En conclusion,
Señor Mejía, ¿es decir
Que porque os gané la apuesta
Quereis que acabe la fiesta
Con salirnos á batir?

Luis. Estais puesto en la razon:
La vida apostado habemos,
Y es fuerza que nos paguemos.

Juan. Soy de la misma opinion.
Mas ved que os debo advertir
Que sois vos quien la ha perdido.

Luis. Pues por eso os la he traído;

Mas no creo que morir

Deba nunca un caballero,

Que lleva en el cinto espada,

Como una res destinada

Por su dueño al matadero.

Juan. Ni yo creo que resquicio

Habreis jamás encontrado

Por donde me hayais tomado

Por un cortador de oficio.

Luis. De ningun modo; y ya veis

Que pues os vengo á buscar

Mucho en vos debo fiar.

Juan. No mas de lo que podeis.

Y por mostraros mejor

Mi generosa hidalguía,

Decid si aun puedo, Mejía,

Satisfacer vuestro honor.

Leal la apuesta os gané;

Mas si tanto os ha escocido,

Mirad si hallais conocido

Remedio, y le aplicaré.

Luis. No hay mas que el que os he pro-
puesto,

Don Juan. Me habeis maniatado,

Y habeis la casa asaltado

Usurpándome mi puesto;

Y pues el mio tomásteis

Para triunfar de Doña Ana,

No sois vos, Don Juan, quien gana,

Porque por otro jugásteis.

Juan. Ardides del juego son.

Luis. Pues no os los quiero pasar,

Y por ellos á jugar

Vamos ahora el corazon.

Juan. ¿Le arriesgais pues en revancha

De Doña Ana de Pantoja?

Luis. Sí, y lo que tardo me enoja

En lavar tan fea mancha.

Don Juan, yo la amaba, sí;

Mas con lo que habeis osado

Imposible la hais dejado

Para vos y para mí.

Juan. ¿Porqué la apostásteis pues?

Luis. Porque no pude pensar

Que lo pudiérais lograr.

Y... vamos, por san Andrés,

A reñir, que me impaciento.

Juan. Bajemos á la ribera.

Luis. Aquí mismo.

Juan. Necio fuera:

¿No veis que en este aposento

Prendieran al vencedor?

Vos traeis una barquilla.

Luis. Sí.

Juan. Pues que lleve á Sevilla

Al que quede.

Luis. Eso es mejor;

Salgamos pues.

Juan. Esperad.

Luis. ¿Qué sucede?

Juan. Ruido siento.

Luis. Pues no perdamos momento.

ESCENA VII.

DON JUAN, DON LUIS, CIUTTI.

Ciut. Señor, la vida salvad.

Juan. ¿Qué hay pues?

Ciut. El comendador,

Que llega con gente armada.

Juan. Déjale franca la entrada,

Pero á él solo.

Ciut. Mas, señor...

Juan. Obedéceme. (Vase Ciutti.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, DON LUIS.

Juan. Don Luis,

Pues de mí os habeis fiado

Cuanto dejais demostrado

Cuando á mi casa venís,

No dudaré en suplicaros,

Pues mi valor conoceis,

Que un instante me aguardéis.

Luis. Yo nunca puse reparos

En valor que es tan notorio,

Mas no me fio de vos.

Juan. Ved que las partes son dos

De la apuesta con Tenorio,

Y que ganadas están.

Luis. ¿Lográsteis á un tiempo...

Juan.

La del convento está aquí:

Y pues viene de Don Juan

Si: